

quien las dirigía. Ahora bien, ¿por el solo hecho de combatir los proyectos de usted, habrán sufrido un vuelco las facultades intelectuales de que hacía usted tan caluroso elogio? ¿Cómo, por consiguiente, ese que usted llamaba «privilegiado» intelecto, iba a incurrir en el pueril *chantage* imaginado por usted?

Debo decirlo con franqueza. Si yo hubiera estado en condiciones de contribuir a un movimiento revolucionario, habría, por cierto, prestado a tan patriótica obra mi más entusiasta y resuelta colaboración. No tenía, para inhibirme, ni imperativos morales ni consideraciones de familia. Veía ante mí a un pésimo ciudadano y a un pariente renegado, y me hallaba, como actualmente me hallo, en la obligación de coadyuvar a castigarlo con mi modesta pero honrada ayuda.

A causa de usted he estado dos veces, por mi abnegada consagración, a las puertas del sepulcro. He escrito casi todos los discursos presidenciales recitados por usted, con sus envidiables cualidades de actor, hasta el 7 de octubre de 1922. ¿Deseaba, por ventura, que yo redactara también sus dimisiones, así fueran simuladas? ¿Tan habituado ha quedado usted a trabajar en mi compañía?

Será esta la última vez que me dirija a usted. Al hacerlo, cúpleme declararle que si alguna vergüenza ha congestionado mi rostro, esa vergüenza es la que siento al recordar que lleva usted mi sangre y ostenta mi apellido.

JORGE GUILLERMO LEGUÍA ITURREGUI

(Envío del autor).

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

W. Shakespeare: <i>La Tempestad</i>	¢ 1.00
Benjamín Constant: <i>Adolfo</i>	0.50
E. González Martínez: <i>Poesías selectas</i>	1.00
E. J. Varona: <i>Cervantes, Hugo, Emerson</i>	1.00
J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos).	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbagelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosista uruguayos).	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta).	6.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tom., pasta).	3.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta).	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tom., pasta).	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	1.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.00
Homero: <i>Odisea</i> (1 tomo pasta).	3.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Anfora sedienta</i>	3.00
M. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	1.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
José Martí: <i>Versos</i>	1.00
J. E. Rodó: <i>Parábolas</i>	1.50
Nicolás Maquiavelo: <i>El príncipe</i>	0.50

Equivalencia: ¢ 4 = \$ 1. oro am.

APROPÓSITOS

El ocaso de Gandhi

(El Sol, Madrid).

UNOS los menos propensos al sentimentalismo, tenemos que asistir con cierta pena al fracaso definitivo del gran apóstol indio. No todos los días aparece en el mundo un hombre de tan finas cualidades morales y espirituales. La política, como los demás negocios de la vida, está demasiado llena de miserias, de mezquindades y de prostituciones para que el raciocinio, atento a la eficacia, nos impida sentir una admiración acendrada y liberadora por Gandhi. Casi nadie que tenga un concepto humano de la política, y mucho menos las excesivamente humanas criaturas de Occidente, puede creer que su táctica pasiva, que el dejarse matar inerme y el poner resignadamente las mejillas a las bofetadas, es bastante para destruir el poderío de la inteligencia y de los cañones ingleses. Para creerlo es indispensable tener un alma tan pura, tan incontaminada como la suya. Pero el desacuerdo tampoco puede inducirnos, en nombre de las malas pasiones de la vida, a sonreírnos cuando se nos presenta un hombre de tantos quilates espirituales. Gandhi, lo mismo que Cristo, si no arrastrarnos a su partidarismo, nos impone la veneración de su ejemplo.

Y esto no disminuye en nada su gran figura. Desde tres años atrás se esperaba que los nacionalistas indios declararan oficialmente su separación del apóstol. Día a día iba sintiéndose con mayor agudeza la disconformidad sentimental entre el jefe y la masa. En cada uno de los Congresos nacionalistas, a partir del 21, Gandhi se ha ido quedando más y más solo. Su figura imponía un respeto religioso a las multitudes de la India. Pero ya nadie echaba sus vestidos europeos y sus joyas en las hogueras expiatorias del pecado de haber permitido la entrada en Oriente de la civilización occidental. Nadie quería igualmente recibir un tiro en el pecho sin levantar la mirada del suelo. Gandhi era el único lleno aún de fe. Era el único que todavía ayunaba veintiún días para conseguir la unión de los mahometanos y los budhistas.

Cuando el doctor Das, su teniente, abrió los ojos a la realidad y organizó el movimiento nacionalista con un sentido humano, Gandhi tuvo la grandeza espiritual suficiente para no lanzarse contra él en una rivalidad histórica y permitió serenamente el experimento. Después, mientras los suarajistas ganaban los Municipios y las minorías parlamentarias, el Mahatma, fiel a su doctrina, aunque sin rencores, continuaba hilando y predicándoles a los indios que hilasen. Los indios le oían en silencio; pero no le seguían. Hoy, por voto del Congreso reunido en Bengala, acaban de decir que no creen en la virtud revolucionaria del hilado. Que creen más en los métodos democráticos del doctor Das.

Gandhi, seguramente, no sufrirá ninguna amargura por este acuerdo del Congreso. Ya ha visto muy de cerca la lucha política, y no podía creer que tardase mucho en venir. Alguna vez, cuando las primeras violencias comenzaron a ensangrentar la tierra de la India, anunció para contener al pueblo, su propósito de retirarse a las soledades del Himalaya. Es posible que ahora lo haga. Pero en el Himalaya o entre el tráfigo de la lucha política, su alma, como ha dicho Tagore, será uno de los tesoros más puros de la Humanidad.

Tal vez hoy él mismo reconozca con Romain Rolland el error de no haber hecho del movimiento indio, en lugar de un partido político, un movimiento religioso. La India mística acaso irradiase ahora sobre el mundo un nuevo credo. Sin